



Antonio Machado en su lecho mortuario, cubierto por la bandera republicana.

Notas para un centenario

ANTONIO MACHADO: ULTIMA IMAGEN

V I por última vez a Antonio Machado uno o dos meses antes de que comenzara la ofensiva contra Cataluña (1938). Aún lo recuerdo en aquella «torre-barcelonesa de la falda del Tibidabo —Torre Castañer era su nombre— con un viejo jardín empolvado como los que tantas veces aparecen en la poesía machadiana. Don Antonio, con las solapas llenas de ceniza del cigarro, en una destatada estancia en penumbra por cuyas maderas, esomaba de vez en cuando algún diminuto ratón, me hablaba de un artículo mío, publicado por aquellos días, en el que se hacía cuenta, entre otras cosas, de las resonancias andaluzas de su «Juan de Mairena». Yo escuchaba con gozo la voz del poeta, aquella su voz casi engolada, casi teatral, de tan bien impostada, voz de viejo actor de carácter, y me parecía que algo fundamental de la vida española me estaba diciendo adiós.

Pero el verdadero adiós, el último adiós del poeta llegó a mí otro día. Febrero, el loco y locuaz febrero, más loco que nunca en aquel tristísimo año de 1939, comenzaba a declinar. Mis pobres huesos andaban de tumbo en tumbo por las inquietas arenas del campo de concentración de Argeles, cuando una mañana con viento mistral sa-

culiendo chabolas y barracas me sorprendió la noticia de la muerte de Machado. No sé si la lei en un periódico o si alguien me la dio de palabra. No sé, tampoco, si la recibí el mismo día 22 o el día siguiente. Lo que sí recuerdo es que la desaparición de don Antonio resonó como un golpe seco en mi corazón, como el primer golpe terrible que la España desterrada recibía. Y bajo esta amarga impre-

sión, como si la muerte diera vida a los entrañables fantasmas todavía cercanos, empezaron a desfilar por los ojos de mi alma los entumecidos campos de Castilla, los olivares andaluces, las plazuelas provinciales con su rumor de fuente y de chiquillería retozona, los silenciosos huertos de limoneros y mirtos, el alfange del Guadalquivir y la lengua legendaria del Duero... Todo el sensible mundo que acabábamos de perder, recreado con mágica simplicidad por el poeta.

El recuerdo de Antonio Machado nos ha acompañado en el exilio desde el día en que la tierra fronteriza del Pirineo arrojó el cuerpo del maestro. No fue Machado un

político militante. Tampoco lo que generalmente entendemos por un hombre popular. A punto estuvo de serlo durante la guerra civil española, y de hecho lo fue entre los milicianos y soldados. Pero antes su nombre sólo era conocido —y reverenciado— por una reducida masa de lectores. Yo he dicho, en otro lugar, que a ciertos poetas la popularidad suele deparárseles, en ocasiones, por motivos ajenos a su

Hay algo en la vida y la obra de ciertos hombres que, aun limitado a un pequeño ámbito, trasciende al espíritu de los demás por caminos a veces desconocidos. La obra y la vida de Antonio Machado contenían ese algo. Poseyó Machado una humanidad ejemplar: pureza, que sólo con humildad sabe expresarse; comprensión, que ni ante lo oscuro enigmas se debilita. Pero entiéndase bien: no fue un santurrón de los que alimenta la hipocresía, ni un dómine movido por la moral al uso. Tomó conscientemente de la vida lo que la vida puede entregar y no para guardarlo en el saco de las íntimas depravaciones, sino para gozarlo o lamentarlo sin pérdida de la fe. De la fe en el destino del hombre. Un hombre de carne y hueso, en suma, es lo que por esa humanidad de Machado se delataba; pero eso sí: con la frente iluminada, limpia de culpas y cobardías y con la mano siempre tendida al prójimo adolorido.

Y a tal hombre tal obra. Con un paralelismo conmovedor, la poesía de Antonio Machado siguió las mismas riberas de la vida que la creó. Horas de infancia y melancolías de un gran amor truncado, paisajes entrañables de la patria y sonos íntimos de una sabiduría proverbial tienen expresión, a tra-

Juan Rejano

obra. Un ejemplo: sin el *Romance gitano*, que para mi gusto no es lo más auténticamente valioso en la poesía de Federico García Lorca y, sobre todo, si su trágica muerte que conmovió al mundo entero, la memoria del poeta granadino no gozaría hoy de la inmensa popularidad que la rodea. Y ahora mismo, en América y en España, la obra de un poeta como Antonio Machado, de tantos quilates, por lo menos, como la de Lorca, no lleva consigo, ni remotamente, tan dilatada popularidad. Sin embargo, es Machado, y no otro, la verdadera sombra tutelar en que se ampararon y se amparan los españoles emigrados. ¿Por qué? ¿De qué causas arranca este fenómeno?

vés de la melodía inaprehensible del tiempo, en su obra poética. Que para ser popular, purísimamente popular, no necesitó de la paleta localista ni del explotadísimo folklórico. Como el maestro Falla en la música, Antonio Machado en la poesía convirtió lo folklórico español en acento propio. Todo el trasfondo sabio y a la vez virginal de su poesía —como de su pensamiento filosófico— arranca del pueblo. Sin intermediarios. Sin literatura. De ahí el secreto de su eterna lozanía. Y ambas, vida y obra, cuando llegó la hora del último viaje, como anunció el propio poeta, las encontramos no sólo desnudas y limpias de equipaje, último gesto silencioso de un alma impar, sino, lo que es más decisivo, junto a su pueblo, apurando con su pueblo en el destierro la agonía de la soledad y el martirio. Lo diré otra vez: la muerte de Machado en los primeros días del exilio español fue como el desgarrón más hondo en la carne de ese pueblo que tantos había sufrido ya.

En nuestros oídos de españoles desterrados ha resonado constantemente la voz de Antonio Machado como la autenticidad poética misma. La autenticidad poética hecha hombre. Ningún otro poeta, por eso, ha sido recordado y honrado con tanta pureza y tan continuada pasión. Y es que Machado ha llegado a ser algo así como un símbolo popular. El tiempo ha demostrado claramente cuán entrañado estaba el hombre en el poeta y cuánta era su verdad poética entrelazada a su verdad humana. Yo quiero recordar en esta ocasión al maestro acogiéndome a esa coyuntura ejemplar que sigue siendo para mí una de las luminosas razones por donde se alcanza el hondo sentido de la última tragedia española. Quiero recordarlo unido a su pueblo, amado por sus compatriotas, por los que con él compartieron años de heroísmo y amargura, y recibieron cada día su canción como una semilla generosa. En el alma de Machado lo popular era una cualidad esencial. No superpuesta ni adjetiva, como ocurría en la de otros españoles eminentes que habiendo educado a las generaciones más jóvenes en el amor a las cosas populares, el día en que éstas quisieron entrar en la historia con voz propia llevaron de su lado como alma que lleva el diablo. No; Machado amaba y comprendía de veras al pueblo. Y lo asistía con su obra. Ya en una ocasión, al hablar del prejuicio minoritario en la literatura, decía que, escribiendo para el pueblo, se escribía para los mejores, porque lo mejor de España ha estado siempre en el pueblo. Esta era su fórmula literaria. La fórmula política podría contenerse en estas otras palabras suyas: «En España no hay modo de ser persona bien nacida sin amar al pueblo».

Lineas arriba aludí someramente a Castilla y Andalucía, los dos polos geográficos, las dos raíces poéticas de Machado. Volveré ahora al tema con más detenimiento. Antonio Machado era un andaluz finjerto en castellano. De Andalucía sube a Castilla, y en ella funda ho-

gar —un hogar de momentáneos resplandores—. En ella dedica su corazón, como una colmena, a labrar mieles del sueño. La sombra de Castilla se le entra por las venas. Toda su vida se sentirá ya anegado de ella. Entre tres ciudades reparte sus meditaciones: Soría, Baeza —adelantada andaluza en Castilla— y Segovia. Y cada vez que torna a su Sevilla, a su Andalucía Materna, siente la misma nostalgia, la atracción poderosa de la tierra castellana que quiere retenerle en su regazo.

¿Por qué, decídmelo, hacia los altos
[llanos
huye mi corazón de esta ri-
bera...?

No es el grito de su alma, aunque él lo lance: es el grito del alma de Castilla que se le ha metido en la suya. Ni por un momento ha perdido la visión de su Andalucía infantil; es más, a medida que pasan los años esa visión se le va ensanchando en el espíritu, como la llama que nace del rescoldo. Sin embargo, no es la sensualidad de su tierra primitiva la que lo embriaga, sino la sequedad dramática del yermo. Y a él vuelve, y a él se entrega, y con aquellos campos solitarios y desnudos llegará a compenetrarse de tal manera que un día le oiremos exclamar: «¡Tan tristes, que tienen alma!». La medida más honda de la poesía de Machado nos la da su paso por Castilla. En ella busca la soledad, dentro de la soledad sobrecogedora del paisaje. Sus mismas «galerías», lejanas lucecillas del alma, casi inmateriales, casi terrenales, como los fuegos fatuos, son en el fondo poesía castellana, por su sobriedad, por su pensamiento, aunque estén alimentadas por la gracia andaluza.

Cien años cumpliría, en este 1975, Antonio Machado. Treinta y seis han transcurrido desde el día de su muerte. Allá, en Colliure, en el pequeño cementerio del pueblito francés, casi rozando la frontera española, quedaron sus restos en espera de volver una mañana pura, como su pueblo, a la tierra de España, al regazo materno, lo mismo que con su pueblo salió el poeta otra mañana —otra tristísima mañana— al destierro, cuando aún se erguían sus huesos y su espíritu. En la muerte, como en la vida, el poeta ha seguido dándonos su fidelidad, virtud acaso la más firme de su personalidad poética y humana. «La monedita del alma / se pierde si no se da». Y qué generosamente nos ha dado la suya el cantor de los campos de Castilla... ¿Pero por qué hablar de vida y de muerte al recordar a Machado? ¿Murió acaso? Respondamos con sus propios versos: «Sólo sabemos / que se nos fue por una senda clara». O con los de aquel bellissimo poema que Juan Ramón Jiménez le dedicara en los años de su juventud: «Siento esta tarde, Antonio, / tu corazón entre la brisa». Porque también nosotros sentimos el corazón de Antonio Machado: lo seguimos sintiendo entre esta brisa o, más bien, bruma de nostalgias y esperanzas que nos envuelve lejos de España.

México, marzo 1975. ■

LOS HISPANISTAS Y LA HUERTA DE SAN VICENTE

Glasgow, 26 de marzo de 1975

Habiendo leído el artículo "La Huerta de San Vicente, amenaza", publicado en TRIUNFO el 1 de marzo de 1975, nosotros, miembros de la Asociación de Hispanistas de Gran Bretaña e Irlanda, quisiéramos añadir nuestra protesta a la que se está haciendo sentir en España en torno a este asunto. Dado el interés mundial por la obra de Federico García Lorca y la íntima relación que existe entre ella y Granada, nos parece lamentable que las autoridades granadinas pudieran permitir la destrucción de la Huerta de San Vicente, que, como ha dicho el hermano del poeta, "pertenece al patrimonio espiritual de la ciudad". La Huerta es la única propiedad que tiene la familia García Lorca en Granada, y, según entendemos, hay un proyecto para convertirla en museo dedicado al poeta. La idea nos parece excelente, y creemos que su realización honraría a Granada.

Firmamos esta carta sin el menor deseo de provocar una polémica infructuosa, y sólo en calidad de profesores e investigadores dedicados a la literatura hispánica. No quisiéramos, simplemente, que se perdiera un lugar de tanta relevancia en la vida del gran poeta granadino, español y universal.

Universidad de Londres.—Prof. Nigel Glendinning. Prof. Anthony Watson. Prof. John Varey. Prof. Alan Deyermund. Prof. L. P. Harvey. Dr. Roger Walker. Dr. Ian Gibson. Dr. Derek Harris. Dr. R. J. Penny. Mr. Anthony Gooch. Dra. Dorothy Severin. Prof. James Cummins. Universidad de Leeds.—Mrs. M. Sleeman. Universidad de Essex.—Prof. Arthur Terry. Universidad de Liverpool.—Prof. Geoffrey Ribbans. Mr. Harold B. Hall. Universidad de Glasgow.—Prof. Nicholas Round. Mr. P. J. Donnelly. Dr. Peter Flynn. Universidad de St. Andrews.—Miss M. R. C. Leslie. Dr. T. W. O'Reilly. Universidad de Newcastle upon Tyne.—Mr. T. R. A. Mason. Dr. J. C. G. Cheyne. Universidad de Edimburgh. Dr. D. L. Shaw. Mr. D. R. Wearing. Universidad de Bradford.—Mr. R. Sala. Universidad de Wales, Swansea.—Mr. J. B. Hall. Universidad de Exeter.—Prof. Keith Whinnom. Mr. M. J. Hemingway. University College, Swansea.—Dr. David George. Universidad de Manchester.—Dr. R. Clive Willis. Dr. G. B. Gybbon-Monypenny. Mr. D. H. Gagen. Universidad de Nottingham.—Prof. Robert Brian Tate. Dr. R. A. Cardwell. Universidad de Hull.—Mr. B. J. Powell. Mr. J. J. Macklin. Mr. D. R. Howitt. Dr. J. A. Jones. Universidad de Sale.—Dr. A. G. Kinder. Trinity College, Dublin.—Prof. Victor Dixon. Dr. E. J. Rodgers. Dr. K. W. Adams. University College, Dublin. Prof. Patrick Gallagher. Dr. D. W. Cruickshank. Universidad de Stirling.—Mr. W. I. Pertaub. Universidad de Oxford.—Dr. N. H. Griffin. Universidad de Sheffield.—Prof. Frank Pierce. Dr. I. R. Warner. Dr. A. A. Heathcote. Universidad de Cambridge.—Mrs. Helen Grant. Dra. Alison Sinclair. Universidad de Illinois.—Prof. Brian Dutton. Universidad de Salford.—Prof. G. R. Mellor. Dr. Leo Hickey. The Polytechnic, Wolverhampton.—Mr. Alan Dobson. Universidad de Durham.—Mr. D. de W. Rogers. Universidad de Birmingham.—Prof. D. W. Lomax. Universidad de Uppsala.—Dra. Regina af Geijerstam.



La Huerta de San Vicente, en las afueras de Granada, donde buscara refugio el poeta en julio de 1936.